

Juigalpa: entre la nostalgia y el porvenir

Conferencia Central del Acto de Celebración del 139 aniversario de la Ciudad de Juigalpa.

Xuctlicallipan, Juigalpan, Xicalli o Huzgalpa. “Criadero de caracolitos negros”, “gran ciudad”, “lugar abundante de jícaros” o “la patria del oro”. Según renombrados estudiosos como Valle, Mántica, Belt, Guerrero y Antón, así llamaban nuestros mayores más primitivos a una población que, seguramente, los españoles encontraron al llegar a estas tierras desde finales del siglo XVI para continuar expandiendo un proceso de conquista y colonización limitado, inicialmente, por las ásperas condiciones del medio natural de esta región, por la dispersión de las poblaciones existentes y el carácter aguerrido de los nativos. Antes de este doloroso y transformador proceso poco o nada sabemos de la historia de Juigalpa y de otros pueblos chontales, entre ellos: Carcas, Mayales, Amerriques y Lovigüiscas, por mencionar algunos. Esa parte de nuestra historia está oculta, dispersa y olvidada en un número aún desconocido de sitios arqueológicos. Bajo centenarios, quizás milenarios, calpules yacen adormecidos los registros materiales de los hombres y mujeres que representan la esencia más antigua de nuestra identidad, hoy mestiza y necesitada de reencontrarnos con esa memoria ancestral que también forma parte de la pregonada Chontaleñidad. Con esa justificada razón hay que volver la vista, hay que leer, los vestigios de La Pachona, El Salto, Aguas Buenas, Carca, Amerrique, San Miguelito y otros más que forman parte del quebradizo paisaje juigalpino. Pero esa tarea conlleva una enorme responsabilidad por cuanto incluye resguardo, estudio y un adecuado aprovechamiento. Por eso, no debemos ir a la loca, pues esos sitios merecen ser tratados con la rigurosidad y el cuidado que una incalculable biblioteca de esa magnitud se merece.

Aun cuando el origen de Juigalpa es incierto, existen elementos que nos apuntan a una antigüedad mucho mayor a la estimada por las fuentes ahora escritas. Algunos estudiosos consideran que su génesis se encuentra en el proceso de conquista y colonización española, pues en el año 1700 su población no superaba los mil habitantes. Sin embargo, el término “*gran ciudad*” puede darnos luces sobre este tema.

Recientemente, el arqueólogo mexicano Alejandro Arteaga Saucedo nos ha compartido un dato de grandes proporciones para nuestra arqueología: unos 1300 montículos indígenas han sido identificados en los alrededores de Juigalpa. Entonces debemos preguntarnos: Y si esa es la “*gran ciudad*” a la que se refiere el nombre nativo de nuestro pueblo? Acaso todos esos sitios dispersos alrededor del valle del Mayales, del Cuisalá y custodiados por la portentosa sierra de Amerrique formaron antiguamente la “*gran ciudad*”? Si así fuera y si los vestigios encontrados lo respaldan, estaríamos hablando que Juigalpan, “*la gran ciudad*”, tendría sus comienzos muchos siglos antes de la llegada de los españoles a estos territorios. Seguramente faltarán muchas páginas que escribir en los anales de la historia. Tenemos tanto por averiguar, por aprender y por pregonar.

Juigalpa, al igual que muchos de nuestros pueblos, entró de forma anónima en las páginas de historia que hoy conocemos. No hay registro de la primera visita española a esta población. Lo contado es que en 1539, los capitanes Alfonso Calero y Diego Machuca, al

frente de una expedición que buscaba el ambicionado Desaguadero, desembarcaron en la isla La Ceiba que, para algunos historiadores, es la isla Grande incluida en el grupo conocido antiguamente como las islas de Cacahuapa. Luego 'caminaron su viaje a hacer noche en una punta que aparece adelante', hoy Punta Mayales.

Hace unos días, un hecho propio del arribo a Puerto Díaz del indetenible desarrollo urbanístico, nos puso ante un nuevo dilema: y si la isla La Ceiba era Puerto Díaz? Déjenme contarles.

Para darle espacio al adoquinado de la principal calle de este puerto lacustre, llamado antes de 1915 como Guapinolapa, se derribó una vieja ceiba que ya mostraba síntomas del paso de los siglos. Los conocedores de estos temas, estudiando su grueso tronco, estimaron que la edad de este árbol era superior a los 400 años. Esta circunstancia, sumada a la condición de isla de Puerto Díaz, pues fue unida a tierra firme por un alargado terraplén en la década de los 40's del siglo pasado, nos lleva a preguntarnos si acaso los capitanes Machuca y Calero desembarcaron en este punto de nuestro municipio. Siendo un tema para un largo estudio, lo cierto es que esta expedición española constituye el primer reconocimiento de las costas juigalpinas en el Gran Lago de Nicaragua. Pero el nombre de Juigalpa aun no aparece en las anotaciones registradas.

Entre los sobresaltos y vacíos de los registros históricos de estas tierras, nos encontramos que en el año de 1607 el nombre de Juigalpa es anotado por primera vez en un documento oficial de la Corona Española. Corresponde al Capitán don Baltazar de Ferrer y Gadea ese mérito, cuando realiza un reconocimiento de tierras y mojones ejidales de este pueblo, incluido en ese entonces el Partido de Chontales del Corregimiento de Sébaco.

Un año después, nos encontramos al Obispo de Nicaragua Pedro Villareal efectuando una visita a Chontales, propiamente para internarse en las salvajes montañas de los indios Amerriques. Podemos suponer que este personaje haya visitado Juigalpa. Lo cierto es que, ese mismo año, Fray Francisco Rivera fue nombrado como el primer misionero de este pueblo.

Así entra Juigalpa, religiosamente, a las páginas de la historia escrita, de la memoria puesta en papel. Aquí también la espada y la cruz hicieron lo suyo en este pueblo donde el sol, la luna, la lluvia y otros fenómenos naturales marcaban la fe y la cosmovisión de sus gentes.

Pero antes de la llegada de religiosos y misioneros una nueva especie de hombres codiciosos había llegado a estas tierras. Buscaban ampliar sus riquezas y el engrandecimiento de sus nombres. Los vastos y fértiles llanos de Chontales se extendían desde la zigzagueante costa del Gran Lago hasta acercarse a la portentosa cierra de Amerrique. Sin importarles que estas tierras ya tenían dueños, se las repartieron y la Corona rubricó su posesión extendiéndoles títulos por las caballerías que, generosamente, después se fueron ampliando según sus propias ambiciones. Ya para 1606 don Martín Rubio había recibido la asignación de 6 caballerías al sur del departamento. Las tierras de Juigalpa también fueron ambicionadas y repartidas. Otra historia se escribiría a partir de un nuevo estilo de vida y de producción. La

primitiva agricultura de subsistencia, la caza, la pesca y la recolección ahora darían espacio a la ganadería de bovinos y equinos. Un nuevo hombre, según Arellano el "*Homus chontaleñus*", nuestro campista; un nuevo pueblo y una nueva forma de vivir encontraba su génesis en las antiguas haciendas ganaderas.

Los años se amotinan para darle continuidad al tiempo. Cuatro décadas después de registrarse el nombre de Juigalpa en un documento oficial, se inicia la construcción de la primera iglesia del pueblo. Era el año 1648 cuando el P. Reno Marín era el administrador religioso y la virgen de la Asunción ya era la patrona. A ella fue dedicada esta población, pues en 1785 se registra por primera vez el nombre completo del *Pueblo de Nuestra Señora de la Asunción de Juigalpa*.

Al igual que en toda la América española, en Juigalpa también se institucionalizó la Encomienda. Esta era una forma de sacar provecho del trabajo de los nativos y de obligarles a pagar tributo con la excusa de protegerlos, educarlos y evangelizarlos. En 1653 se confirma la Encomienda del español Francisco de Obregón. Seguramente los nuestros, como "vasallos" de la Corona, fueron obligados a prestar servicios a este encomendero. En sus propias tierras trabajaban obligadamente lo ajeno, porque sus tierras ya no le pertenecían. Eran huérfanos de sus propios infortunios, porque parecían no ser dueños ni de sus propias vidas.

Al no poseer tierras, había que pedir las al usurpador. En 1659, don Jerónimo Villegas, Alcalde de Juigalpa, solicita tierras para los ejidos del pueblo. La solicitud fue presentada al Corregidor de Sébaco y Chontales, Capitán Francisco de los Ríos. En 1667, siendo Alcalde Pedro López, la solicitud fue aprobada y el título fue firmado por el Capitán General del Reino de Guatemala don Sebastián Álvarez Alfonso Rosica de Caldas.

Los juigalpinos siguieron pidiendo sobre sus propias tierras en 1673, 1707, 1865, 1883 y 1897. Muchos tostones fueron dados en pago.

Otros acontecimientos, unos importantes, otros casi imperceptibles para la historia, se han ido empujando uno a uno para dar forma a la Juigalpa que hoy conocemos. Los informes de notables evangelizadores y de curiosos exploradores nos cuentan de un pueblo de andar pausado en su avance por la historia y de gente sumergida en la cotidianidad de su humilde vivir. En 1742, Francisco Posada, Corregidor de Sébaco y Chontales, informa que el pueblo de Nuestra Señora de la Asunción de Juigalpa estaba compuesto por 30 familias de naturales y 15 de ladinos españoles, mestizos y mulatos. Diez años después, en 1752, se registra la visita de Fray Agustín Morel de Santa Cruz, Obispo de Nicaragua, y encontró a 95 familias en estos entornos. El filibustero Byron Cole estimó, en 1856, que la "*Suiza de Chontales*" estaba conformada por unas 200 viviendas; la mayor parte de la población, unos 1,500, estaban en el campo. Para 1869, la población juigalpina era de unos 3,000 habitantes, según estimó el historiador Pablo Levi. "*Juigalpa está asentada en un sitio bellamente escogido*", apuntó el naturalista inglés Thomas Belt durante su visita en 1872.

Sitios dispersos en un amplio contexto geográfico, así fue durante la época precolombina. Al llegar los españoles conformaron un pequeño pueblo que en 1862 fue elevado al rango de Villa. Bastaron solo tres años para que Juigalpa fuera nombrada Cabecera del Departamento de Chontales y, aunque un año después esta asignación le fue dada a Acoyapa, en 1877 se le confiere definitivamente este notable nombramiento.

Lo que hoy nos reúne en esta celebración es el 139 aniversario de haber sido elevada Juigalpa a la categoría de ciudad. Fue justamente un 27 de enero de 1879, siendo Presidente de la República Pedro Joaquín Chamorro Alfaro, cuando la novia del fugaz Mayales recibe tan alta distinción social, política y administrativa.

Son 139 años de incontables vivencias, de anhelos, de fracasos, pero también de proyectos destinados a construir la Juigalpa Soñada de Omar Lazo, la Juigalpa Profunda de Julio Madrigal. Muchas páginas de historia debieron y deben escribirse para no olvidar los rostros de esos hombres y mujeres que nos heredaron una ciudad que día a día se transforma en el quehacer afanoso, aguerrido y comprometido de su gente humilde que sigue amando al campo y sigue dejándose apasionar por las letras y al arte.

Cuanto ha cambiado Juigalpa. El cacique Chontal ya no se lanza al abismo para no ser prisionero de los conquistadores extranjeros. María Manuela ya no teme ser raptada. Las toscas carretas cargadas de oro de La Libertad y Santo Domingo ya no pasan por Juigalpa como parte de su recorrido hacia el puerto de Guapinolapa. Ya no se cobra un día obligatorio de trabajo para la construcción del Cabildo Municipal. Los faroles traídos de Alemania para alumbrar las calles de la vieja Juigalpa ya han sido reemplazados. El reloj de la vieja iglesia ya no marca el andar indetenible del tiempo. El fornido nacasclo del viejo parque no existe y su sombra se ha disipado con él. Ahora los piperos descansan en el recuerdo. La Chompipera no tiene agua para saciar la sed de los juigalpinos; como se avizoró, hoy bebemos agua del Cocibolca. Tamanes y Palo Solo, con nuevos rostros, reciben a otros enamorados. El Gato Lanzas ya no inmortaliza en fotografías los rostros y escenas de la vieja Juigalpa. La Tonga, nuestra torre Eiffel, ya no está; sobre él ya no transitará Galicho en su popular automóvil. Jicarito ya no alborota la aurora con sus melodiosos ritmos. Cecilio ya no se burla del Imperio haciendo copias de su dominante moneda. El incesante y ruidoso tecleo de las viejas máquinas de escribir de la escuela de mecanografía de doña María Delia ya ha cesado. Goyo ya no recorre nuestros campos buscando un reencuentro con el pasado escrito en piedra y barro. Jofiel, Payin, la niña Eloisa, Rosa, Leopoldina, Liliana, Fulvio, Donald, Mariano, Octavio, Renecito y muchos maestros de generaciones ya no multiplican sus saberes en el hombre y la mujer nueva. Catarrán ya no reta a los enfurecidos toros y ha dejado de cabalgar. Chaco ya no se pasea por el mejor parque de Nicaragua. Ellos ya no están. Pero su legado sigue vivo en nosotros por cuanto hicieron y por cuanto nos enseñaron. A ellos debemos cada ascenso de Juigalpa.

La historia se nutre en el andar de los tiempos. Los que se han marchado no deben ser tirados al olvido. Debemos vivificar sus ejemplos, su amor por Juigalpa, para incorporarlos a una memoria cotidianamente en construcción, siempre inacabada. Hagamos que las nuevas generaciones sepan de ellos para que el orgullo por lo nuestro sea un aliciente para

andar nuevos y mejores senderos.

Vayamos, entonces, a seguir edificando una Juigalpa de bríos perennes, moderna, pero siempre cuidadosa de sus raíces, de sus recursos y de su carácter bucólico y soñador. No importa que andemos como cacrecos, tambaleando y cancanando, como nos decía el Prof. Omar; continuemos la marcha, ya aprenderemos en el camino. Ya podremos correr cuando nuestros esfuerzos hayan sido la argamasa que nos una en este proyecto común.

Como herederos de la Chontaleñidad que nos viene de la niña Chepita y que tanto ha pregonado el Prof. Guillermo Rothschuh Tablada, hagamos de Juigalpa el motivo principal de nuestro canto, donde el ayer y el hoy se junten en una semblanza de vida con rostro de futuro.

M. Vargas A.

Vicepresidente del Clan Intelectual de Chontales.